

Judicial. Fauchet, que abusa a ratos de los detalles truculentos, cuando descende a la descripción anatómica, casi de quirófano y autopsia, compensa estos detalles (muy pasajeros, a pesar de todo, en la narración, no sé por qué) con un humorismo de la mejor ley, que aliviana y agradece el contenido total de la novela. Su serie, de diversos títulos, rotulada en general «Aventuras de M. du Biquet» es quizá lo más nuevo y seguramente lo más curioso de la novela policíaca actual.

No pretende el que señala, colocar este género sobre otros cualesquiera. Ni sería cuerdo, ni siquiera ocurrente. Le basta con manifestar un síntoma de actualidad y con recomendar, en las horas de lectura literaria (en el buen sentido de la palabra, opuesto a todo lo que no indique Arte, con mayúscula), a recomendar un paso alterno, que, por ejemplo, podía distribuirse así, al tratarse de contemporáneos: Hoy, lectura de Gide, mañana, de Simenon. Hoy, lectura de Unamuno; mañana, de Abbot. Hoy, lectura de Huxley, de Pirandello, de Duhamel. Mañana, de Very, de Fauchet, de Van-Dine. Y si quisiera volver un poco atrás, no dejar las «Afinidades Electivas» sin un pequeño intermedio, dedicado a «Notre Dame de París», de ese imbécil de Víctor Hugo, que diría Farrère. Terminar con Renán o Chamisso, para sumirse en el simpático Rocambo!e durante un tiempo. Aquel Rocambo!e con quien el azar no tenía nada que ver.

En último caso, como ejercicio y gimnasia, la novela policíaca es el método seguramente mejor y más exacto para llegar a escribir después, otras cosas de otro orden, quizás más permanente. Así lo afirma Ramón Fernández, lo reafirma Pierre Very y lo puede afirmar, humildemente, el que señala, por conocer algún caso de cerca.

San Michele

□ San Michele está en la más alta cumbre de Capri. Forma una pequeña meseta verde, con hortalizas y árboles frutales, blanca de piedra en la iglesia diminuta y en la muralla que cer-

ca; asomado, incansable y sereno, al mar azul donde las corrientes y las masas de sardina ponen manchas más claras, rizando levemente la tranquilidad de lago que tiene el Mediterráneo, desde Valencia a Nápoles, desde Málaga a Orán; en esa zona donde puntean, como costras de mapa, como naves sueltas, amenazando arribar el día menos pensado a la costa, Mallorca, Menorca, Córcega, Cerdeña, las Lipari, Malta... Y en el golfo que se abre, como una plana de luz de color, frente al Vesubio, con su inevitable penacho, (ese que no dejan los pintores de ponerle y que tienen razón al hacerlo), está a lo lejos, Capri. Y sobre Capri, en lo más alto, San Michele.

«The Story of San Michele» es un libro de Axel Munthe. Y éste, un médico sueco, discípulo de Charcot, cuya vida, llena de aventura, de lucha, de interés y de belleza, se narra en esta historia. Una ilación persigue hoy al que señala, sin que él lo quiera. De un hecho criminoso pasó la novela policíaca y al tratar de ésta, habló de lo incompleto de ciertas novelas actuales, de su falta de interés vital, humano, sin regodeos oscuros. Esta ilación, seguramente hace colocar aquí la nota que se refiere a la «Historia de San Michele», obra que lleva en la actualidad veintitantas ediciones inglesas y que ha caído ahora en mis manos. ¡Qué delicioso libro! Qué libro para marcarlo y tenerlo en el lugar preferente de una biblioteca no muy extensa, escogida y limitada!

Axel Munthe, llega, muy joven, a Capri. Allí, al ver la cumbre del San Michele, sueña con que alguna vez sea suyo ese terreno, tranquilo, encantador y lleno de gozo vital. Una sombra se le aparece. No una sombra, sino alguien corpóreo que se esfuma, después de decirle que para que San Michele sea suyo, tendrá que hacer antes su vida de trabajo y contacto con la humanidad. Axel Munthe sale de Capri y aquí comienza la novela—la biografía, mejor—donde cada capítulo es una novela, cada hoja un documento, muchos párrafos, poemas.

París, la Universidad y después, el médico extranjero de

moda, «Dr. Munthe, Avenue de Villiers». Las mujeres que se creen enfermas. Los trucos médicos, porque Munthe es el primero que se ríe, a ratos, de su propia profesión, inventando enfermedades para regocijo de histéricas. Una partida a Laponia, donde lo llama una enfermedad pegadiza que diezma a la gente. Un retorno a Nápoles, para combatir, heroicamente, la peste que se enseñorea de la ciudad. Rusia, Londres, Europa entera. Y en todo ello, las anécdotas, los hechos curiosos, la vida vibrante, frenética a ratos, tranquila a veces, siempre luminosa y absorbente. Y al final, Capri, donde Munthe vive, feliz, en San Michele.

El título, caprichoso si se quiere, encierra el designio total de la obra. El ideal que llega tras el sacrificio y el trabajo. Y éstos, hechos con gozo y felicidad, soñando en el resumen. «The Story of San Michele», de Axel Munthe, es un libro perfecto, humanamente perfecto, sin monotonía de cánones, y que tiene buenas calidades de novela, de biografía, de historia y de drama, reunidas como muy contadas veces las encuentra el lector en publicaciones impresas.

Pantalla

□ Desde «Nanouk», el nombre de Flaherty no se había podido olvidar. Ahora se refresca la memoria con «El Hombre de Aran». Un film sin argumento, que diría mi vecina, la mujer de mi vecino. Pero maravilloso. Hasta el punto de verlo tres, cuatro veces, sólo por ese mar que combate a la tierra, por esa espuma que salpica la cámara del operador, por esa barca que sorteja temporales, por ese tiburón que se ve entre dos aguas, por los equilibrios del niño pescador al borde del acantilado y por esa vida primitiva, verdadera, fuerte, trabajadora y estupefacta de la familia de pescadores. Cada fotografía de «The man of Aran» es una muestra aprovechable para los ojos. Da pena y fastidio de que desfilen tan pronto. Se vuelve a ver la película